

bierto uno de los episodios mas singulares de aquella guerra. La luz habia desaparecido completamente: nos rodeaban las tinieblas, las fogatas de los arrieros se habian apagado, y las solemnes armonías de la soledad, habian reemplazado á los confusos rumores que las brisas de la tarde conducian hasta nuestros oidos momentos antes. Ya era tiempo de irnos á la cama y de prepararnos con algunas horas de sueño á la jornada del dia siguiente. Sin embargo, antes de entrar á la venta, deseaba aclarar una duda en que me dejaba la relacion del capitán.

—¿Y su patria se ha acordado de Cureño? pregunté á D. Ruperto. ¿Su nombre vivirá en la memoria de los mexicanos al lado del de el general, á quien salvó con su heroico sacrificio?

—Hay, contestó D. Ruperto, alguna línea consagrada al viejo soldado por los historiadores de la guerra de independencia: esa ha sido toda su recompensa, y cuando haya desaparecido de México la raza enérgica de que fué uno de los tipos mas nobles, nadie podrá decir en el país lo que el general Rayon debió á Valdivia Cureño.

CRISTINO VERGARA.

México cuenta pocas ciudades tan pintorescas como Jalapa y Tepic, las dos inmediatas al mar, y separadas por veinte leguas, una del Atlántico, la otra del Pacífico. En Jalapa, lo mismo que en Tepic, en las dos extremidades de la gran cordillera mexicana, se encuentran las mismas masas de sombra y de verdura, los mismos jardines embalsamados, la propia temperatura, sucesivamente fresca ó tibia, ya soplen las brisas de las montañas ó del océano. Puede decirse que Tepic es, respecto de San Blas, lo que Jalapa de Veracruz, una especie de gran ciudad, á donde van los habitantes de las costas á olvidar por un momento las penas y labores de su vida, á la sombra de los granados y de los naranjos. Habia salido de Jalapa hacia un año, cuando llegué á Tepic y al término de mi viaje, y me parecía haber vuelto al punto de partida: tan grande es la semejanza de aquellas dos ciudades, igualmente favorecidas por el clima, situadas de la misma manera, como frescas oasis, entre los llanos calurosos de la

costa y las cumbres heladas de la Sierra-Madre.

Recordará el lector que al salir de México para San Blas, encontré en el llano de Calderon, en las inmediaciones de Guadalajara, á un antiguo guerrillero, excelente guía y agradable compañero, llamado D. Ruperto Castaños. Con él caminaba en aquel momento; él era quien me habia indicado la casa de Doña Faustina Gonzalez, en Tepic, como punto de reunion en la ciudad. A cosa de una legua de aquella ciudad, cediendo á una impaciencia demasiado justificada por nuestras penosas marchas por el corazon de la Sierra-Madre, adelanté al capitan, y me hallaba hacia mas de una hora, instalado bajo el techo hospitalario de Doña Faustina, cuando D. Ruperto, fatigado y conmovido llegó á la casa.

—¿Ha tenido vd. algun encuentro desagradable? le pregunté, sorprendido al observar su emocion poco natural.

—Muy desagradable, en efecto, me respondió. Villaseñor se hallaba de vuelta en el país, y nos encontramos muy cerca del pueblo de Palos Mulatos.

—Me está vd. hablando en enigmas, mi querido capitan; ni conozco á Villaseñor, ni el pueblo de Palos Mulatos.

—Tiene vd. razon; pero va vd. á comprenderme.

Villaseñor es un antiguo oficial, que cuando la guerra de independencia servia en calidad de capitan en las filas españolas. Hecho prisionero en una escaramuza por uno de mis compañeros de armas, un *gaucho* que procedente de Chile habia llegado á México, y que se llamaba Cristino Vergara. Villaseñor no salió de sus manos sino para sufrir unos tormentos indecibles. Hoy han trascurrido muchos años desde la época en que los azares de la guerra hicieron caer momentáneamente á Villaseñor en poder de Vergara. El antiguo prisionero del gaucho ha vuelto á México, que no habia visto desde las luchas de 1811. A él es al que acabo de encontrar en la garita de Tepic, y he tenido la desgracia de pronunciar delante de ese hombre, que es enemigo mortal de Cristino Vergara, algunas palabras que no olvidará.

—¿Cuál es esa fatal revelacion? pregunté sonriéndome, al capitan.

—Se dijo á Villaseñor, que Cristino Vergara habitaba el pueblo de Palos Mulatos.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? El pueblo de Palos

Mulatos, se halla á poca distancia de Tepic, y dentro de algunas horas, tal vez uno de esos dos hombres, el ganecho ó el español, habrá cesado de vivir. ¿Comprende vd. ahora?

—Comprendo, que si quiere vd. reparar su aturdimiento, solo nos queda un partido que tomar, por muy fatigados que estemos, y es no descansar aquí mas que un momento, é ir á dormir á Palos Mulatos, á la casa de su amigo de vd. el ganecho Vergara.

El capitán me dió las gracias por haber tomado la iniciativa de una proposición que no se habia atrevido á hacerme. Palos Mulatos es un pueblo, perdido en medio de los bosques, en el camino de San Blas. Podíamos, pues, sin separarnos de nuestra ruta, visitar á Cristino Vergara. Solo tenia yo pesar, separándome de Tepic, el mismo día de mi llegada; era privarme de una semana de descanso, en una población tan encantadora: sin embargo, yo era libre para volver cuando hubiese terminado los negocios que me llamaban á San Blas, y una vez fuera de Tepic, en el camino de los bosques inmediatos á la mar, me entregué á serias reflexiones, que no podía alejar de mi mente, pensando en el drama, en que por la

indiscreción de mi compañero de viaje, me veia repentinamente obligado á desempeñar un papel.

En el camino, el capitán me dió nuevos pormenores sobre el hombre que íbamos á ver. El gaucho Vergara, habia conservado en la vida doméstica, todos los hábitos de crueldad, que le hacían temer de sus compañeros de armas. El capitán Villaseñor, no era el único que tenia motivos para quejarse de aquel terrible hijo de las cordilleras. En medio de la pacífica población, adonde habia ido á establecerse, Cristino Vergara, se habia creado implacables enemigos. Cuando se instaló en Palos Mulatos, el Chileno condujo, además de su muger, un hijo ya grande, y dos niñas de corta edad. Apenas acababan de llegar, cuando su hijo emprendió una guerrilla con un cazador muy conocido en las inmediaciones del pueblo. Este cazador, nombrado Vallejo, mató al imprudente agresor, pero á pocos días, cayó él mismo mortalmente herido por una bala dirigida por Cristino. El hijo único del cazador, Saturnino, ofreció á su padre moribundo, que lo vengaría, y aunque apareció haber olvidado su promesa desde aquel día, los vecinos de Cristino, creían que tarde ó temprano,

los sucesos se complicarian, y que aquel negocio debia terminar en un duelo terrible, entre el jóven cazador y el viejo gaucho.

—Estas costumbres le causan á vd. admiracion. ¿Qué quiere vd? cuando estalla la guerra civil en alguna parte siguen inmediatamente las querellas de familia. Ahora tenemos al menos, alguna probabilidad de separar á los combatientes, y si es vd. de mi opinion debemos apresurar el paso para llegar á tiempo.

No me hice repetir estas palabras, y los caballos frescos que habiamos tomado en Tepic, secundaron nuestra impaciencia. Habiamos salido el capitan y yo á cosa de las cuatro de la tarde de la casa de Doña Fanstina, y á las seis nos hallábamos ya á la vista de los grandes hosques que anuncian la proximidad del océano Pacífico. Entre el mar y aquellos bosques que abrigan con sus verdes ramajes una de las poblaciones mas curiosas de México, hay mas de un punto de comparacion. En las olas, como en el follaje, son los mismos rayos los que reflejan, los propios murmullos los que se escuchan, y el mismo aspecto de magestuosa inmovilidad el que se presenta á la vista del viajero. En vano se buscaria en aquellos bosques, lo

mismo que en el océano, un sendero ó un camino trazado. Excepto algunos surcos, algunos rastros de béstias feroces, ningun camino abierto divide las ramas de los arcos y de los fresnos que dominan por todas partes las cimas de los palmeros. El único ruido que anuncia la presencia del hombre en aquellos grandes bosques, es el de algun carro cuyas ruedas rechinan á lo lejos, al esfuerzo de un tiro de bueyes jadeantes. En varios puntos, aparecen algunas cabañas, aisladas unas, otras agrupadas, formando una poblacion. Esa clase de hombres encerrada en el seno de una naturaleza vírgen, arrostra una vida de luchas y de aventuras que la familiariza desde temprano con el peligro. Abandonando el límite del bosque á las poblaciones industriales y pacíficas, los hombres del bosque no tienen la menor relacion con los hombres del llano. Son por naturaleza violentos y huyen del freno de las leyes y del contagio de las ciudades.

Así es que los cazadores mexicanos, no salen de sus madrigneras, mas que para vender las pieles de los cabritos, con cuya carne se alimentan, ó para cambiar por cualquiera cosa, el despojo de los jaguares que matan. Además de los malhechores, en continua opresion con la justi-

cia, los bosques mexicanos encierran también, aunque en corto número, antiguos restos de las guerras de independencia, partidarios escapados de las luchas revolucionarias, que buscan en la caza una compensación de las emociones que sentían durante la guerra. Tales eran los hombres, en medio de los cuales iba yo á pasar una noche, antes de llegar á S. Blas.

Ya debe comprenderse que en el momento de penetrar en aquella tierra prometida de la *Bohemia* mexicana, me felicité de la casualidad que me ofrecía por compañero, en aquella peligrosa travesía, á un antiguo capitán de guerrilla, que estaba seguro de encontrar amigos por todas partes, tanto bajo el techo de los *jacales* como en los cuartos de las *ventas*; tanto en las veredas abiertas en medio de aquellos bosques vírgenes, como en los caminos reales.

Vivamente iluminados al principio por los rayos del sol poniente, oscurecidos en seguida por el crepúsculo, los bosques parecían aproximarse á nosotros, pero insensiblemente, y nosotros deseábamos llegar á aquellos frescos lugares que los forzados rodeos del camino alejaban sin cesar, á pesar de nuestros esfuerzos. Habíamos entrado en la zona ardiente que rodea á

San Blas, y el cielo que acababa de tenerse con la luz que producía el sol al ocultarse, se encontraba ya iluminado por la luna, cuando por fin llegamos á la región boscosa, en cuyo límite debíamos encontrar el pueblo de Palos Mulatos.

—Otros cuantos pasos, y llegamos, me gritó el capitán. Dirigi mi caballo con la mayor alegría al centro de un inmenso prado. Apenas lo pisamos, cuando un riachuelo bastante ancho, nos obligó á detener nuestros caballos. En la orilla opuesta del riachuelo había algunos *jacales*, que por las rendijas de sus paredes de bambús, permitían distinguir la luz rojiza de las lumbradas que había en el inferior. Aquellos *jacales* ó cabañas, se hallaban situados en el centro de un valle pequeño, en el que las luciérnagas dibujaban cruzándose por todas partes mil curvas brillantes.

—Ya hemos llegado, me dijo el capitán; estamos en el pueblo de Palos Mulatos.

Confieso que recibí mucho gusto al saber que habíamos llegado al término de nuestra penosa excursión. El aspecto tranquilo y alegre de aquel pueblecillo, el calor sofocante que pesaba sobre nosotros desde nuestra salida de Tepic, el deseo de

reposar á la sombra de aquellos bosques vírgenes, todos estos motivos me habrían decidido á escoger aquel punto para descansar, sin tener en cuenta las graves circunstancias que nos conducían. Nos faltaba pasar el riachulo que defendía la entrada del pueblo, y observé bien pronto que el capitán, dirigiendo sus miradas á aquel riachuelo, ancho y profundo, tenía el aspecto del cazador que ha perdido la pista del animal.

—Con mil demonios, dijo el capitán, ¿en dónde está el puente que había en este lugar?

En aquel momento apareció un hombre en la otra orilla. Llamólo el capitán, y cuando estaba cerca:

—¿No es este el pueblo de Palos Mulatos? le preguntó. ¿En dónde está el puente que antes había aquí?

—En efecto, este es Palos Mulatos; pero las últimas crecientes se llevaron el puente. Puesto que está vd. á caballo, puede vd. ir á cosa de media legua de distancia, en donde hallará vd. otro puente mas sólido que ha resistido al torrente, y dentro de media hora estará vd. en el pueblo.

—Dentro de media hora, ¡caramba! ¿y si es demasiado tarde?

—Hay otro medio; ve vd. allá abajo, á la izquierda, una red de bejucos, también es un puente, un puente natural que les sirve á los habitantes del pueblo; pero le advierto á vd. que no es seguro para las personas que van á caballo.

El capitán sacudió la cabeza; parecía desconfiar mucho del singular medio de comunicacion que acababa de indicársele. Por mi parte estaba decidido á entrar al pueblo lo mas pronto posible, porque me había seducido su aspecto pintoresco. Puse al capitán atravesar á pié el puente de *bejucos*, mientras que estirando mi caballo, él pasaria el río por el lugar que se le había indicado. D. Ruperto aceptó aquel arreglo.

—Llegando á Palos Mulatos, me dijo, tomando las riendas de mi caballo, preguntará vd. por la cabaña del gaucho Cristino Vergara; le anunciará vd. mi visita, y le suplicará vd. de mi parte, que mande asar medio cabrito. Marche vd., pues; ya lo alcanzo.

El guerrillero partió casi al mismo tiempo al galope; yo me dirigí al puente, y al cabo de algunos instantes me encontré á la entrada de aquella galería natural, formada por el tejido de mil plantas enredaderas. A la orilla del riachuelo se

extendía una intrincada mezcla de palmeras y de nopales: los largos y fuertes bejucos que colgaban de las rocas, se habían enrollado alrededor del tronco de un palmero que había tronchado la tempestad, y había caído atravesando el torrente. Sostenido por los bejucos, y no tocando al suelo por ninguna de sus extremidades, aquel tronco ofrecía verdaderamente el aspecto de un puente, que ningún poder humano hubiera osado suspender con tal atrevimiento encima del abismo. Permanecí un momento indeciso entre la sorpresa y la admiración, ante aquel débil camino, trazado encima de las aguas por un arquitecto misterioso. Me decidí, en fin, y di algunos pasos en el puente movable; pero casi en el instante, un choque inesperado imprimió al tejido de bejucos una violenta oscilación, y me faltó poco para caer. Recobrando el equilibrio, observé en la orilla opuesta, á un hombre que se alejaba precipitadamente, y que desapareció entre los árboles. Vacilé por un momento en seguir mi camino; me determiné al fin, y á pocos momentos me hallaba al otro lado del riachuelo. El pueblo de Palos Mulatos se encontraba á pocos pasos de distancia, y me dirigí á los jacales, de donde salían

y llegaban á mis oídos alegres y confusos clamores.

El pueblo se componía de una docena de cabañas. Habiendo llegado á la primera de aquellas infelices habitaciones, pregunté por la del gaucho, y al momento observé en las fisonomías de las personas á quienes me dirigí, cierto embarazo y confusión.

—¿Querrá vd. hablar del *chileno*? me preguntó una jóven ocupada en colocar algunas campásulas encarnadas en las negras trenzas de sus cabellos.

—Sí, hablo del *chileno*; ¿no se llama Cristino Vergara?

—Sí, señor; ¿vé vd. aquel nopal? La cabaña que está junto á él, es la suya.

Dí las gracias á la jóven, y fuí á llamar á la cabaña del gaucho. Salió á abrirme un viejo de elevada estatura; á sus espaldas se hallaban una muger inclinada por la edad y dos jóvenes: me encontraba en la habitación de Cristino Vergara, é inmediatamente cumplí con la comision del capitán.

—¿Se halla en el pueblo D. Ruperto Castaños? exclamó con viveza el chileno. Será, como vd., muy bien recibido en nuestra humilde habitacion.

—No he llegado aquí sin peligro, ña-

dí riéndome, y ya sabré en lo de adelante, que es preciso no atravesar un puente de bejucos, cuando está ocupado por otra persona.

—¡Por otra personal añadió el gaicho, cuyos ojos brillaron, y cuya voz tomó repentinamente una extraña entonacion.

—Sí; alguno se hallaba en el puente colgante en el momento en que yo pasaba, y como sin duda temió ser reconocido, atravesó el puente con un paso tan violento, que faltó poco para que me precipitase en el torrente.

Al hablar de esta manera, observé á aquella singular familia, á cuya habitacion me habia conducido la casualidad. El sombrío rostro del gaicho manifestaba una impaciencia penosamente contenida. La muger de Cristino y la mas jóven de sus hijas, parecian escucharme con indiferencia; pero no sucedia lo mismo con la hija mayor del chileno, y apenas hablé de mi encuentro en el puente de bejuco, cuando noté cierta turbacion en su fisonomía. La curiosidad que habia descubierto en sus miradas hasta aquel instante, se cambió en visible inquietud. Sus hermosos ojos negros, fijos en mi rostro, parecia que me dirigian una súplica tierna y enérgica. ¿Conocia al individuo á

quien habia yo encontrado en el puente colgante? ¿Temia por él la terrible cólera de Cristino Vergara? y yo, sin quererlo, habia cometido una indiscrecion que podia producir funestas consecuencias. Procuré indicar á la jóven que habia comprendido su mudo ruego.

—El hombre que huyó á mi vista, es evidentemente algun *salteador* de las intermediaciones, dije, que me habria despojado si me hubiese visto sin armas, y al que hizo huir mi equipo, casi militar.

Dí, sin embargo, esta explicacion con cierto embarazo, que no podia escaparse á un observador menos penetrante, y el gaicho solo me contestó con un movimiento de duda. Felizmente, la llegada del capitan dió otro curso á la conversacion. Cristino Vergara se levantó apresuradamente, y alargó la mano á su antiguo camarada.

—Sea vd. bien venido, le dijo á D. Ruperto; le agradezco á vd. que no haya olvidado, que la cabaña de Cristino Vergara, se encuentra en el camino de S. Blas.

—Mas me lo agradecerá vd., respondió el veterano, cuando sepa el motivo que me ha conducido á este lugar; el que no puedo descubrir mas que á vd. En este momento veo que goza vd. de buena sa-



lud, y que no hemos llegado tarde: es lo esencial, añadió, dirigiéndome una mirada de inteligencia. Veo tambien que Florencia es ya una muchacha grande y bonita.

Florencia era la hija mayor del gauchó; se alejó ruborizada, siguiéndola su hermano. El gauchó con su muger marchó á cuidar de nuestros caballos. Habiendo quedado solo con el capitán, no pude dejar de darle parte de la inquietud en que me habian dejado las palabras que habia cambiado con Cristino, delante de su hija. Florencia entró, en el momento en que iba á responderme el capitán. La jóven daba vueltas por toda la pieza, con una impaciencia mal disimulada. Creí comprender que deseaba que el capitán se alejase por un instante, y recordé á D. Ruperto lo importante que era prevenir al gauchó, contra una acechanza probable de Villaseñor.

—Me muero de sed, dijo Castaños, y si esta preciosa muchacha, me diera una poca de agua fresca, haria con mucho gusto lo que vd. desea.

Alejóse Florencia, y volvió casi al instante trayendo una jarra de barro poroso, que presentó al capitán. Viendo aquella jóven, hermosa y morena, inclinada hácia

el veterano, que tenia el cántaro pegado á sus lábios con la impasibilidad de un árabe, creía yo tener á la vista á la Rebeca de la Biblia. Cuando el capitán vació, sin tomar aliento, la mitad de la jarra, la devolvió á Florencia, y se alejó despues de haber hecho un cariño á la jóven por vía de agradecimiento. Apenas habia salido, cuando Florencia se acercó á mí.

—*La persona á quien encontró vd. en el puente, me preguntó temblando, ¿era jóven ó viejo?*

—No lo sé, solo ví una sombra que desapareció inmediatamente entre los árboles de la orilla; ¿por qué me lo pregunta vd?

—¿Por qué? dijo con una mezcla de orgullo y de timidez, que me encantó; por que la sombra que ha visto vd., es la de un jóven á quien amo, y cuya vida corre peligro. Vd. ha comprendido mis angustias; despues de haber despertado las sospechas de mi padre, ha tratado de disiparlas. Le doy a vd. las gracias.

—¿No corre vd. algun peligro?

—¿Yo? Si supiera mi padre alguna vez el nombre de la persona á quien amo, me mataria.

Y hablando de este modo, la jóven pa-

recia desafiar á la muerte, con una exaltación apasionada. Sus últimas palabras me hacían estremecer, y pensé involuntariamente en el hijo del cazador Vallejo, que había jurado un odio mortal á Cristino Vergara. ¿Qué otro nombre habría podido decidir al gaucho á herir á su propia hija? Mas y mas conmovido y agitado, fui á sentarme delante de la cabaña, en un tronco de árbol, desde donde podía observar todos los movimientos de la jóven que se había quedado en el interior. La ví que arrojaba combustible á la hoguera, cuya llama se avivó en el acto, arrojando su rojiza claridad, por los intersticios de la débil pared de bambús. En seguida salió Florencia, y fué á colocarse en el umbral, de manera que pudiesen verla desde lejos, gracias á los brillantes reflejos, que la hoguera nuevamente atizada, arrojaba sobre la jóven. Florencia tenía bajo el brazo el mismo cántaro, en que había llevado la agua al capitán; su rebozo de algodón, negligentemente colocado en la cabeza, colgaba por encima de sus hombros, como el ropaje de las figuras bizantinas. Florencia permaneció algunos minutos inmóvil en aquella actitud; parecía una estatua gótica. La luna alumbraba á lo lejos el bosquecillo que

abrigaba el puente, y en medio de la viva claridad que bañaba á la jóven, era imposible que ninguno de sus movimientos se escapase á la atenta mirada de un jóven que se hubiese mantenido oculto, bajo la cortina de verdura del puente. Entonces comprendí que Florencia se disponía á dar una señal. Comenzó por quitarse lentamente y con naturalidad, el *rebozo* que la cubría. Lo enrolló formando una especie de *rodete*, que colocó en la cabeza para sostener el cántaro, de base estrecha, que los españoles imitaron de los moros é importaron á México: en seguida, elevando su brazo desnudo y torneado á la altura del cántaro, fingió avanzar al riachuelo para llenarlo. Parecía que la jóven poseía el arte de trasformarse en medio de la claridad que la envolvía de piés á cabeza, y que ponía en relieve, en la sombra lejana del valle, su talle esbelto y el brillo de sus brazos y espaldas desnudas, su actitud nada tenía de la inocencia de la escultura gótica; pero ligera y provocante, se asemejaba á las jóvenes madianitas, por las que los hijos de Isrrael, incurrieron en el pecado. Florencia había avanzado con indiferencia hácia el riachuelo, cuando repentinamente dió un grito, semejante al de una tigre herida, dejó

caer el cántaro, que se hizo mil pedazos; vaciló un momento en lanzarse al torrente, pero se detuvo sin duda por efecto de la reflexion, y se inclinó como para recoger los restos del cántaro. Casi al instante adiviné la causa de aquella repentina emocion. Mas feliz que Florencia, que no podia llegar hasta el riachuelo sin exponer la vida de su amante, la misma jóven que, un momento antes, me habia indicado la cabaña del chileno, caminaba cantando hácia el puente colgante, con la cabeza, no cargada con un cántaro, sino adornada con las campásulas que colocaba en sus cabellos cuando le hablé. En el acto preví que era la rival de Florencia, y me causó piedad la desgraciada hija de Cristino Vergara. Me acerqué á Florencia, con el pretexto de aguardarla: con mano temblorosa recogia los pedazos del cántaro, esparcidos en el musgo.

--Vaya vd. á advertirle, me dijo con voz imperiosa y conmovida, que si le habla á esa muchacha, hago que mi padre nos dé á los dos de puñaladas.

--¿A quién he de ir á hacer esa advertencia?

--A Saturnino.

--¿A Saturnino! repetí yo espantado.

¡Y qué! ¿la hija de Cristino Vergara ama á Saturnino Vallejo?

--Sí, lo amo, y ya sabe vd. ahora que corren riesgo nuestras vidas si le digo á mi padre una sola palabra. Vaya vd., yo se lo suplico; Dios le pagará á vd. esta obra de caridad. Encontrará vd. á Saturnino en el puente de bejucos.

En aquel momento, el gancho y el capitán aparecieron en la puerta de la cabaña. Comprendí que no debia vacilar, y me alejé antes que el capitán me hubiese visto, mientras que la jóven entraba en la cabaña.

## II.

Caminando á pasos lentos hácia el frente, hice la siguiente reflexion: ¿Correspondia Saturnino á Florencia, el amor que ésta no habia podido ocultarle? Y en caso contrario, el imprudente que se atreviese á ir á turbar aquella cita amorosa, ¿no se exponia á ser muy mal recibido? Sin embargo, me persuadí de que hay en la pasion violenta y real, un irresistible imperio, que somete á su yugo á los que la han causado, sobre todo, cuando unen al magnetismo de la pasion el no menos poderoso de la juventud y de la belleza.

Adelantéme, pues, hácia el puente, seguro de encontrar á Saturnino, á pesar de las provocaciones de la jóven de las campanulas rojas, en una situacion de espíritu y de corazon, semejante á la de Florencia. Caminé, sin embargo, hácia el objeto de mis investigaciones con la prudencia del naturalista, que quiere estudiar las costumbres de los tigres ó de los leones en sus bosques natales: no debe olvidarse que allí no habia barras de hierro como en las jaulas para defenderlo, y yo no dejaba de considerar que, en aquel punto salvaje, ni habia alcalde ni gendar me á quienes pedir proteccion.

A medida que me adelantaba como parlamentario, el silencio que me rodeaba era cada vez mas profundo. El ruido y las luces que se escapaban de las cabañas, se habian ido apagando gradualmente; á pocos momentos no escuché mas que el susurro casi imperceptible del riachuelo, y las vibraciones ligeras de los bejucos, al impulso de algunas ráfagas de viento. Al estremecimiento de las palmas sonoras, se mezclaban algunas veces las voces ó los cantos lejanos de la poblacion. Escuché con mucha atencion, y traté, en vano, de distinguir entre los murmullos confusos de las cabañas, de los bosques ó del

riachuelo, la voz de Saturnino ó la de la coqueta aldeana que parecia perseguirlo. Ni una planta humana pisaba las hojas secas ó el musgo, ni lábio alguno producía el mas ligero murmullo. Todo esto me pareció un triste presagio para la pobre Florencia. No habia separado mi vista de la direccion del puente, y sin embargo, no habia visto volver á la que yo llamaba su rival, y que se habia adelantado confiada en una hermosura, que estaba muy lejos de igualar á la de Florencia. Habia, pues, traicion, á no dudarlo, y no pude dejar de sentir un amargo desengano: tanto amor merecia mejor correspondencia. Incierto sobre si debia volver á anunciarle aquella funesta noticia, atravesé el puente colgante, y me encontré en el lugar en donde habia puesto el pié una hora antes; todo estaba desierto y silencioso. La luna solo alumbraba una vasta soledad, las elevadas ramas en donde brillaban las luciérnagas, y chillaban continuamente las cigarras, y las cimas de las palmeras que proyectaban sus sombras en el llano. Aquel paisaje nocturno entristecia la vista y el corazon.

Despues de haber dado algunos pasos, siguiendo el curso del riachuelo, tomé la direccion opuesta; en fin, ya no me que-

dó duda que Saturnino había desaparecido, así es que retrocedí á la cabaña del gaicho. Florencia espiaba mi vuelta con febril impaciencia. A pesar del chasco que había yo llevado, procuré tranquilizarme, cuando llegó á mi encuentro.

—¿Halló vd. á Saturnino? me preguntó con voz breve.

—Ya hice lo que vd. me ordenó.

Creía salir del apuro con aquella respuesta evasiva; pero las mugeres cuando aman, son extraordinariamente perspicaces.

—¿Lo ha visto vd? añadió, ¿cómo es?

En aquel momento era disculpable mi embarazo.

—Es falso; vd. no lo ha visto, añadió Florencia, poniéndose pálida; y mi silencio confirmó sus dudas. Su vigorosa naturaleza vaciló un momento ante una terrible realidad, la de la infidelidad de Saturnino. Dos lágrimas corrieron por sus largas y negras pestañas; fueron las únicas; recogiendo en seguida todas las fuerzas de su corazón lastimado, entró silenciosamente en la cabaña paternal. Sentéme en frente de la puerta, con ese temor que se siente cuando se ve humear la mecha que va á determinar la explosión de una mina cargada. El fogoso temperamen-

to de Florencia iba á hacer estallar la tempestad que amenazaba hacia un momento. La ví estremeciéndose acercarse á su padre, y conducirlo á la pieza contigua. El capitán, que había llegado al lugar en que me encontraba, observó mi tristeza. Le había confiado mi inquietud respecto á las sospechas del gaicho sobre su hija; cuando le manifesté que Florencia amaba á Saturnino Vallejo, cuando le hablé del celo furioso de la jóven y de mi inútil excursión al puente, D. Ruperto frunció las cejas, y dijo con cierta alegría, que ocultaba mal su descontento:

—¿Caramba! ¡doble venganza! Saturnino y Villaseñor. Son suficientes motivos para que no cenemos esta noche.

Un grito furioso que resonó en la cabaña del gaicho, interrumpió á D. Ruperto. Cristino entró en la pieza en que estaba la hoguera, que iluminaba sus facciones animadas por pasiones fogosas, y mas terribles que las de su hija.

—¿Castaños! exclamó el gaicho, es vd. mi huésped y mi amigo, y me ayudará vd. á vengar el honor de mi nombre. El hijo de Vallejo ha deshonrado á mi hija; ella misma acaba de confesármelo, y el que le ha robado su honor, se encuentra en estos bosques.... A vd. le hago la